

Nuevo mapa geoestratégico del mundo

El mapamundi geopolítico está experimentando auténticas «convulsiones tectónicas». ¿Qué es lo que está cambiando a la altura de 2004 para afirmar que se viene abajo la imagen de un mundo multipolar, en el que la alianza EEUU-Europa parecía llamada a dirigir los asuntos mundiales? Para Kissinger y muchos analistas —a veces creadores de lo que profetizan— existen elementos objetivos nuevos externos al eje Occidental y cambios importantes en la opinión pública interna de las democracias occidentales. Todo ello configura un nuevo escenario en el que, las grandes potencias tratan de situarse para seguir siéndolo en el futuro y las potencias medianas o pequeñas de adivinar las nuevas estrellas en torno a las cuales satelizarse.

El conflicto entre civilizaciones se invoca también como causante de estos movimientos telúricos y, aunque somos conscientes de que se abusa de este concepto, tal vez para hacerlo verdadero, no sería realista eliminar por completo de nuestro análisis la perspectiva de enfrentamiento entre civilizaciones porque real o virtualmente está, sin duda, condicionando muchos comportamientos... Estrategia global frente a terrorismo global o hay que poner la línea de defensa de las democracias

lo más lejos posible son eslóganes ya habituales en boca de **Bush, Putin** y otros dirigentes políticos. En particular, se ha generalizado la idea de que Occidente y el mundo islámico están ya realmente en conflicto grave, con numerosos episodios locales, pero de dimensión también general. La política de Bush en Irak ha contribuido decisivamente a que, por uno y otro lado, se haya acentuado la conciencia de conflicto entre civilizaciones.

En esta confrontación islam-liberalismo occidental, las convicciones y la fuerza son desiguales. Por una parte, las garantías de las sociedades democráticas son susceptibles de ser utilizadas –y lo son de hecho– en contra de ellas mismas por quienes exigen todos sus derechos democráticos, pero utilizan la democracia para sabotearla desde dentro: por otra parte, frente al pensamiento fuerte del Islam (convicciones firmes, proselitismo, espíritu material) de una gran parte del Islam, las sociedades occidentales están instaladas en la comodidad y en el pensamiento débil. En estas condiciones, la gran tentación de Occidente es equilibrar la desventaja en convicciones con el recurso a su superior fuerza militar, sin caer suficientemente en la cuenta de que la confrontación no puede resolverse mediante guerras convencionales. En muchos foros occidentales se lamenta la erosión espiritual creada por la postmodernidad y se aboga por la recuperación de las convicciones filosóficas, morales, históricas, nacionales, sociales y religiosas.

La irrupción arrolladora de China

El nombre de China, en chino significa «El imperio del centro», es expresión perfecta del etnocentrismo que caracteriza a todos los pueblos. Pero en el caso chino, por el enorme peso del país, el etnocentrismo profesado tiene todas las bazas. China se está convirtiendo aceleradamente en centro neurálgico de las decisiones mundiales. **Mao** y sus inmediatos sucesores mantuvieron en un férreo aislamiento al gigantesco país de 1.300 millones de habitantes, para preservar el régimen comunista, incapaz de resistir la confrontación libre y pacífica con las democracias liberales. La tímida reforma iniciada en 1984 por **Deng Xiaoping** produjo una acelerada demanda de democratización, que el mismo Xiao-

ping cortó de raíz en 1989 con la matanza de Tiannamen y la represión que le siguió, casi al mismo tiempo que caía el muro de Berlín.

Pero los acontecimientos se han precipitado. El esfuerzo por continuar siendo un reducto del socialismo real ha resultado baldío, tras el desmoronamiento del bloque del Este. Dos recientes acontecimientos han hecho irreversible la irrupción de esta gran potencia en la escena geopolítica mundial, que necesariamente se verá profundamente alterada.

Por una parte, su entrada en la OMC (*Organización Mundial del Comercio*), en la que fue admitida, junto con Taiwán, en la reunión de la OMC en **Doha** (noviembre de 2001). De este modo el «imperio del centro» se hacía presente en la escena económica mundial y, desde luego, no para ser periferia. Su enorme fuerza es capaz de modificar los centros políticos y los flujos económicos y financieros. China posee un poderosísimo ejército, es el séptimo mayor exportador mundial y el octavo importador; con su entrada en la OMC, va a adelantar varios puestos.

Por otra parte, y ligada a su entrada en la OMC, China ha asumido compromisos de apertura política, económica y cultural, acelerando el proceso de lo que se ha llamado *Hongkonización de China*, lo que acerca todos sus parámetros a los cánones occidentales. Este movimiento chino está conmoviendo muchos sectores de actividad, sobre todo el textil, y desplazará los centros de gravedad hacia el epicentro beijinés. China lo tiene todo (espacio, población, recursos, hábitos de trabajo, cultura) para jugar un papel hegemónico dentro de pocas décadas. Además de ello, el proceso de democratización interno, aunque lento y sinuoso, parece irreversible: el modelo de Hong-Kong se ha extendido a otras ciudades y seguirá extendiéndose en paralelo al libre comercio. Por temor al nuevo peligro amarillo o por interés en su colosal mercado, ya se observan signos de acercamiento a Beijing por parte de los grandes y de pleitesía por parte de los pequeños.

El desplazamiento americano

Los últimos tiempos del mandato de Bush están significando un paulatino alejamiento de las dos orillas del Atlántico. La OTAN mantiene su vigencia,

pero el compromiso directo en la defensa se ha debilitado por ambas partes. La división europea con ocasión de la invasión de Irak por la administración republicana estadounidense ha sorprendido a Washington. Estados Unidos, sin duda por intereses propios, pero también porque ha percibido el antiamericanismo que late en muchos europeos, ha decidido distanciarse en cierta medida de Europa, al menos de la Europa que representa el eje franco-alemán. La «decepción americana» por el desalineamiento de sus aliados europeos en la guerra de Irak ha sido decisiva en este giro de Washington. Washington ha decidido simplemente ignorarlos y mirar a otra parte. La alternativa a Europa es, para EE UU, Asia, con su enorme potencial militar (China, India y Pakistán poseen la bomba nuclear y varios países asiáticos más están en condiciones de tenerla en poco tiempo), con su inmenso mercado (siete veces superior al europeo) y con ilimitadas posibilidades de futuro. EE UU busca sobre todo alianza con la inmensa **China**, un mercado ingente y ávido de consumo.

EE UU ha decidido potenciar su presencia económica, política y militar en la **India**, donde el hinduismo, milenariamente pacifista, se está viendo afectado por oleadas de radicalismo similares a las del radicalismo islamista, con el cual convive o se enfrenta casi a diario. La mayor parte de los dirigentes indios no ven con malos ojos la alianza con EE UU. La India se juega más que nadie en la guerra de Irak porque vislumbra tras ella el temido conflicto entre civilizaciones que, a corto plazo, podría tener por escenario su propio territorio, donde ya se dan, al igual que en Nepal, episodios preocupantes de xenofobia cultural y religiosa.

EE UU está ahora más cerca que nunca de **Japón**, que desde hace 150 años (Tratado de *Kanawaga*) continúa una expansión económica leal a los principios del liberalismo y que, a pesar de la guerra que los enfrentó, se ha mostrado en todas las crisis más cerca de los americanos que sus aliados europeos. Añádase a esto que **Singapur** y **Hongkong** rivalizan por convertirse en el primer intercambiador de negocios entre Oriente y Occidente para entender las razones económicas de fondo que inspiran la elección asiática de Estados Unidos.

Todos estos giros de la diplomacia americana conducen a un mismo fin: **desplazar al Pacífico el centro geopolítico**, que hasta ahora se encontraba en el Atlántico.

El islamismo militante

Es profundamente injusto atribuir al Islam el germen fundamentalista que genera terroristas y suicidas. Según las enseñanzas de la mayor parte de imanes y ulemas, estas conductas son ajenas a la correcta lectura del Corán y a la genuina tradición islámica. Pero sería iluso desconocer que, aún no siendo ni igual ni general, dentro del mundo islámico se está produciendo una ebullición incontenible: en un sentido, el Islam radical suele aprovechar cualquier reivindicación –anticolonial, nacional, social o cultural– para cobijarlas bajo la bandera islámica o islamista. En sentido inverso, todas estas reivindicaciones, aunque originariamente no fueran expresamente islamistas, se reclaman del Islam para fortalecerse y cobrar mayor entidad mundial.

Lo cierto es que, en todas las áreas del mundo, el Islam juega un papel determinante: Palestina, Chechenia, Uzbekistán, India, Sudán, Filipinas, Nigeria... Sus armas son superiores a las de los no musulmanes: creen en la *Yihad*, están dispuestos a morir por sus ideas, poseen la llave maestra del petróleo y su natalidad es mucho más elevada que la de las viejas democracias occidentales. La conciencia de su fuerza es su arma principal.

Circula un «Manifiesto por la revolución islámica mundial» en el que se justifica el asesinato de «cruzados y judíos» para salvar el mundo de la impiedad. La llamada **cuestión islamista**, analizada en términos geopolíticos, sólo tiene dos salidas posibles: a) la evolución hacia la democracia de los Estados musulmanes, cosa harto difícil dada la unicidad de poder religioso y civil; b) la acentuación de la confrontación con occidente, más aglutinado que nunca frente a un enemigo común. Tarde o temprano, ya no habrá agredidos y agresores, todos se convertirán en agresores.

El seísmo islamista alarma a Europa, a la India, a las repúblicas ex soviéticas del Asia Central y del Cáucaso, el propio interior de países islámicos con constituciones más o menos laicas. La esperanza de una sociedad multicultural se desvanece. Urge la invención de un modelo de con-

vivencia en el que los signos de identidad étnica, religiosa o cultural sean fuertes, pero queden subordinados a los derechos humanos y a la legalidad universal controlados por la ley legítima de cada Estado.

La UE en el nuevo mapa geopolítico

A corto plazo, el papel de la UE en el concierto mundial se verá aminorado. Su propia defensa, sin el puente atlántico, le exigirá un enorme esfuerzo presupuestario y una difícil tarea de coordinación interna; su peso en la ONU menguará, frente a las posibilidades de EE UU de dominar las votaciones, con la ayuda de sus nuevos amigos (los socios del Pacífico, casi todos los países de Ibero-América y muchos africanos).

Por o otra parte, la hermosa definición de la UE como un espacio de vigilancia y promoción de los derechos humanos en el mundo puede verse comprometida en la práctica ante las rupturas internas que han acompañado al distanciamiento de Estados Unidos y Europa. El Reino Unido –gobernantes y población– no están cómodos con la llamada independencia europea en cuestiones de defensa; si los británicos ya se habían mostrado renuentes a entrar en la Unión Económica y monetaria, el nuevo sesgo geoestratégico parece alejar todavía más la integración de la libra en la moneda común europea. Los nuevos miembros de la UE (antiguas democracias populares del Este) se muestran casi a diario dispuestos a agrandar a Washington. La entrada de Turquía planteará con carácter de urgencia los modos de relacionarse poblaciones heterogéneas.

Sin embargo, ni la crisis europea, ni el distanciamiento atlántico, ni el enfrentamiento de culturas puede ser eterno. A largo plazo, las aguas volverán a su cauce, o quizá vuelvan más aguas al mismo cauce. El desplazamiento de EE UU al Pacífico, además de algunos efectos indeseables, contribuirá a extender el concepto occidental de democracia que, con todos sus defectos, es un modelo menos malo que cualquier otro. Este proceso de retorno al eje atlántico, tal vez sea más corto si, tras las próximas elecciones norteamericanas, se produce un relevo en la Casa Blanca. Pero no es seguro, porque las coincidencias en política exterior entre republicanos y demócratas son casi totales. ■